

## LEYENDAS DE CAMPOSAGRADO

Podría sostenerse que a la Hoja de Camposagrado la cubren, no una sino dos leyendas, que con distintos protagonistas y distintos linajes confluyen, sin embargo, en una misma o similar hazaña, parcialmente en un mismo tiempo y, sobre todo, y es lo más significativo, en una misma divisa y renombre: el famoso *Tusinos*. Todo cae dentro de la tradición tan clavijña de la presencia de Sant Yago cabalgando sobre los campos de la lid sangrienta entre moros y cristianos, descargando mandobles con su flamígera espada sobre las testas de los Hijos de Mahoma. Y ya se comprende que con tan prodigiosa presencia celestial —que también Sancta María andaba en la empresa— la victoria final había de ser necesariamente de los cristianos. Las leyendas de Camposagrado son, por ello, bélicas y por añadidura, sagradas.

Este milagroso antecedente épico-sacro de Camposagrado tiene raíces muy hondas en la geografía montañesa de León. Ya el P. César Morán, en su acopio de tradiciones y leyendas *Por Tierras de León*, nos dice que en término de Fasgar —Valle Gordo de Omaña— llaman a una espaciosa campera “Campo de Santiago”, con una ermita dedicada al Apóstol y en cuya cercanía brotan puras las fuentes donde nace el Boeza. Según la fama y tradición milagreras en aquella campera se dio una gran batalla a los moros con el apoyo del Santo, y es que el Señor Santiago “cabalgando sobre un caballo blanco es el héroe más popular de la Comarca”, de la Comarca de Omaña y de todas y cada una de las comarcas montañesas y no pocas riberiegas de León y de otras muchas partes, donde cada pueblo conserva y guarda con reverencia de siglos el “Voto al Señor Santiago”; voto que no es un diezmo ni una primicia, sino una ofrenda que la devoción popular juramentó desde el fondo de las almas como prenda voluntaria de pueblo señor y creyente.

Y todo el mundo sabe por allí —dice el P. Morán—, por el Valle Gordo de Omaña, que Santiago bajó del Cielo en Fasgar y que en una gran planicie, donde el santo tiene una ermita, se dio la batalla a los moros “dejando el campo cubierto de cadáveres de infieles”. Y no paró aquí la celeste hazaña, porque el Apóstol en su blanco corcel “emprendió por el valle abajo llevando por delante a los moros que en él vivían”. Y, por fin, que el Señor Santiago para rematar la faena “dio la batalla de Camposagrado” y nuestras montañas “con más toda la tierra leonesa, quedaron libres de aquel azote”.

No se nos dice quién fue el caudillo humano, el “adalid de armas”, de aquella empresa que se extendió desde Fasgar a la Hoja de Camposagrado, si un Pelayo o un Ramiro o algún otro rey-caudillo de la Corte Astur, amén de algún caballero bien sonado de la comarca, parapetado en los altos valles leoneses. Tampoco quedan indicios de que tal batalla, que dejó su testimonio secular en el “Campo de Santiago” y en su ermita, allá por las muy subidas camperas del pueblecito-*caput* del Valle Gordo de Omaña, tuviera poco o mucho que ver con Alvaro el *Tiufado* o el *Capitán Colinas*, que son los dos héroes documentados de la tan famosa como legendaria batalla de Camposa-

grado; ambos asistidos por su Santiago Matamoros y su dulce virgencita auxiliadora, es decir, los dos caudillos del *Tú-Sin-Nos*, bajo el reinado del primer Rey de España, de la España en Reconquista, que fue Don Pelayo, el cántabro de recia estampa y la rubia barba en flor.

La Leyenda de Camposagrado, la que viven y cuentan las gentes de las comarcas que en Camposagrado tienen cita de fiesta sacra y de romería de bueno y santo divertimento en los meses de buen tiempo; tiempos también de letanías procesionales, cuando se bendicen los campos y sonríen llenos de flor y de promesa o cuando los trojes se van llenando de cosecha y bendición. Esa leyenda no es otra que la del *Capitán Colinas* y sus *Trece Pozos*, del Apóstol de las Españas y de Sancta María Sancta.

La dicha leyenda cuenta con sus evocaciones recientes, así cuando se quiere hacer historia jugosa y cierta en la inefable *Historia de Camposagrado* del no menos inefable Don José Díez Monar, allá por los años de 1950. Y siguiendo a Don José y los cronistas que fueron su fuente, la que refresca, pero ya sin historia, nuestro preclaro Abad Prior de San Isidoro, el M. I. Sr. D. Antonio Viñayo, que no tiene nada de inefable, pero sí mucho de santo y sabio varón, y que de no haber sido cura y haberse casado con alguna linda comarcana lo hubiera hecho, como seguramente lo hicieron muchos de sus antepasados, en la ermita de Camposagrado.

Pues bien, la más reciente evocación de la leyenda de tan alto, llano y famoso paraje, nos la acaba de ofrecer el Abad Viñayo en un libro primoroso que se titula *Camposagrado — Su Misterio y su Mensaje*. Su "Misterio" está en su leyenda o en la historia que a través de su leyenda no ha sido posible penetrar. Su "Mensaje", en la Virgen de Camposagrado con cuanto ella y su santuario significan para estas tierras que bordean la gloriosa altiplanicie de La Hoja, incluidas sus dos no menos gloriosas vertientes que nos llevan por la Cuesta del Cillerón a las montañas, o hacia León, sus vegas y llanuras, por la Cuesta del Riojequín. Sí, en esa Virgen Niña que siempre sonríe con el su Niño en el halda.

Díez Monar adereza con emoción la brillante aureola que a Camposagrado envuelve, su geografía, su etnografía, el paisaje animado que enciende de luz divina la planicie seca y austera; evoca los tiempos fundacionales del Cristianismo en Tierras de León, cuando sus pacíficas "armas en cruz" van hiriendo y dominando los campos por donde van quedando en fuego muerto las ruinas del Imperio; cuando, en fin, la Cruz penetra y abre los caminos de la Paz de Dios. Evoca a Don Pelayo y cómo no a la batalla de Covadonga, puerta abierta a la conquista audaz de las llanuras hasta la raya del Duero, y, por fin, la batalla misma de Camposagrado que habría de culminar con el rescate de la ciudad de las altas torres... y tomando fielmente datos y referencias de "autores graves", como Got Villa o Govila en su *Religio Gothorum*, enigmático cronista del siglo VIII, es decir del mismo en que la historia quiere buscar su calenda, y a Tomás de Sousa en sus *Anales Lusitanorum*, fuentes que a su vez Díez Monar recoge del canónigo de la Casa de Benllera Antonio Fernández de Miranda en su muy estimable y hasta venerable libro *Antigüedad de la Milagrosa Imagen de Camposagrado de las montañas de León* —Madrid, 1653—, se va recreando nuestro inolvidable y santo varón Díez Monar en contarnos la para él tan verdadera como singular y cierta gran batalla.

Arraigaba y fortificaba Don Pelayo en las Asturias después de la batalla de Covadonga y la fama de sus hazañas llegaba al rey Almanzor que estaba en León y conocía que las vanguardias del rey astur avanzaban hacia dicha ciudad, pues, "efectivamente, el caudillo cristiano y los suyos habían dejado las montañas cantábricas en La Magdalena y dejando allí la ribera del Luna se dirigían hacia la meseta de Camposagrado".

También sabía Don Pelayo que el moro andaba cerca y vivaqueaba por León y sus contornos. Por eso hubo de disponer muy bien su estrategia de vigías y avanzadas, de puntos de ataque, de defensa y, en su caso, de retirada, que buenas y ocultas rutas de entrada por sorpresa o de salida

por fuerza había en los montes y gargantas que quedaban, y quedan, por encima de Viñayo y Piedrasecha, de Cuevas y de Santiago de las Villas, rutas tan fascinantes y temerosas que todavía hoy alguna de ellas se llama de "Los Infiernos".

Don Pelayo tuvo revelaciones del Apóstol Santiago con el signo claro de su favor y no dejó de encomendarse a los de Santa María, "cuya imagen llevaba en el arzón de su alazán el Arzobispo Urbano", del séquito y Aula del Rey. Pero en la empresa que iba a acometer Pelayo hacía falta "un hombre valeroso y de gran ingenio" y allí surgió como una providencia el Capitán Colinas, que traía al parecer sangre y blasón de los Tapias y seguramente también de otros linajes muy conocidos y ya también muy de las primeras horas de la heráldica medieval, como los de los Flórez, los Diezes y los Ordases... Colinas pidió al príncipe 500 azadones, se los dio, "y en una noche labró trece pozos en la tierra que sirvieron de emboscada, por ser la tierra llana y sin montes. En cada hoyo se metieron cincuenta hombres, cuyo cabo de todos fue el Capitán Colinas, que hoy día se conservan dichos pozos con el nombre de dicho capitán, cosa justa que se conserve el nombre de tan valeroso caudillo". Y cosa justa que así lo puntualice el celoso cronista.

Los ánimos se calientan, los ejércitos enemigos se olfatean y al fin se avistan, brillan las armas y Don Pelayo presiente que Sant Yago ya cabalga por los cielos de la Hoja cumpliendo lo que le había prometido de que él "así como la Virgen Santísima le ayudarían contra el moro". Mucha era sin duda la necesidad de tan altos auxilios que ya los heraldos le habían anunciado la inmensa superioridad del ejército musulmán a cuyo paso la tierra temblaba. Tan grande era la desventaja que, según el cronista Govila, "para cada cristiano había cien moros", dato que el historiador Díez Monar califica de hiperbólico, aunque ya se sabe que detrás de cada hipóbole, en buena alianza de la metáfora y la palabra, gravita casi siempre un punto de grandeza, superioridad o mayoría indiscutibles.

"Los ánimos de los combatientes estaban enardecidos. Ambos bandos sabían que aquella batalla iba a ser, más que importante, decisiva: para el moro, a fin de aniquilar al vencedor de Covadonga y llevar hasta el final el exterminio de la España cristiana; para Pelayo, abrir definitivamente las puertas del imperio, que no era sino la España una de Leovigildo, de Recaredo y de San Isidoro, es decir la *Hispania* de los *Loores*.

Y el combate comenzó, atizados los ánimos por el clamor de los timbales y las chirimías de los moros, los cuernos, clarines y tambores de los cristianos. Pero ¡ay! que aquí no le iban a valer de mucho a Don Pelayo sus ardidés de guerrillero del risco, el precipio y el hondo valle transmontanos, porque aquí en la Hoja "el terreno era llano y abierto", donde las armas ofensivas exigirían un cruento combate cuerpo a cuerpo. ¿Y cómo iba a combatir un cristiano contra cien moros, ni aun siquiera contra cincuenta?... Y por otra parte, veamos, veamos cuál era el aparejo bélico del moro, según nuestro historiador lo detalla: "Los moros belicosos y vocingleros con ímpetu semisalvaje empleaban sus alfanjes, gumías y cimitarras, sus lanzas, picas y alabardas, sus flechas, venablos y saetas, sus aljabas y tragacetes, bien defendidos con escudos, adargas y broqueles". Los cristianos no andaban mancos, pero sin duda no con tan imponente armería como los moros. Lo que sí había en la tropa astur-leonesa era "encendida furia", ardor y fiera acometividad, esgrimiendo sus dagas, espadas, hocines y destraes, flechas, picas, lanzas y jabalinas, bombardas y hondas, bríngolas y fustíbulos, defendiéndose con sus rodélas, petos y escudos".

Como se ve Díez Monar agota y superagota la innúmera lista de los pertrechos que llevaban encima los muy valerosos soldados de uno y otro bando. Y ya todo tan dispuesto "comenzó la batalla" que fue crudamente reñida, con gran destrozo de una y otra parte, y con la peor parte para los cristianos, tanto que el Infante, perdidas las esperanzas, se retiró a la parte que hoy llaman "Machada" o "Rentería", "donde fue reprendido del Apóstol Santiago por cómo Dios tenía dispuestas las cosas a su modo". Y Pelayo, más que avergonzado, arrepentido, se revolvió, se rehizo y sin tregua

ni descanso ordenó de nuevo el combate, y más cuando comprobó que el moro, creyendo asegurada su victoria, avanzaba hacia el gran valle de Poniente. Y allí, precisamente allí, fue donde, saliendo de sus pozos los hombres de Colinas, más las tropas al mando del Infante Don Alfonso, cayeron como una tromba sobre los moros que estaban relajados y confiados en la amenidad del valle, y con gran cantidad de piedras, maderos y otros objetos de pega y rompe que de lo alto del monte arrojaron “acabaron con los moros miserablemente sin que dejasen hombre con vida”...

Cuando llegaron a Almanzor las amargas nuevas de su desgracia dicen que exclamó: “¡Mala muerte! ¡Mala muerte!”, de donde “tienen por tradición muy cierta los naturales de aquella tierra que le ha quedado a aquel monte con este nombre que de presente corrompido se llama *Valamuerte*”. Y la data precisa: “Ganóse esta memorable batalla el año del Señor de 722”. Exactamente, el 8 de septiembre de dicho año. Masa, sin embargo, en su *Restauración de España*, dice que esta batalla tuvo lugar en la primavera. Mariana en su *Historia General de España*, Cepeda y otros, sostienen que fue en septiembre. Todos estos datos se nos puntualizan en el canónigo Fernández Miranda en su libro de Camposagrado. Díez Monar deduce “que tal fue la importancia de la batalla de Camposagrado que los leoneses podemos calificar con toda razón a aquel lugar como la Covadonga Leonesa”.

La ceremonia conmemorativa del triunfo alcanzado por los cristianos fue solemnísimamente, desarrollada en el mismo campo de la Hoja, allí donde poco después se alzaría el santuario de la honda y popular devoción mariana, que precisamente celebra su gran fiesta el 8 de septiembre. Así los nombres de Covadonga y de Camposagrado se dan cita en una misma celebración, en un mismo día, cada año, en conmemoración de una muy similar empresa de reconquista, con más o menos ingredientes épico-legendarios.

“Colocados todos, en medio de un impresionante silencio, las tropas en semicírculo, al frente los heridos y enfermos, en el centro el Caudillo con sus gardingos, magnates y prelados, teniendo a su derecha al Arzobispo Urbano y a su izquierda al Infante Don Alfonso, Don Pelayo mandó acercarse al Capitán Colinas y poniendo junto a sus labios la cruz que formaba la hoja con la empuñadura de su espada se la dio a besar, lo cual hizo Colinas con toda reverencia, puesto de hinojos. En voz tan alta que todos oyeron, dijo el Rey: *Tu sine nobis eos vicisti ex hoc cognomen accepisti...* Esta regia frase con el tiempo romanceada forma la divisa del escudo heráldico de los Fernández de Colinas, descendientes del famoso capitán”. *Tu sin nos los has vencido y este será tu apellido*, “texto que contraído se quedó en *Tusinos*”. Todo así, al pormenor, nos lo deja fielmente relatado, y con religiosa visión entrevisto, don José Díez Monar, el enamorado más fiel de Nuestra Señora de Camposagrado.

Fernández Miranda, en su obra, que siguen Díaz Monar y Viñayo, nos quiere explicar la razón del nombre de Camposagrado: “Unos dicen que no les dieron sepultura —a los muchos cristianos muertos— por no los poder dividir entre los moros. Juan Diácono en uno de sus himnos, Got Vila ajustadamente, Sousa casi al contrario. Lo uno y lo otro pudo ser. Lo cierto es que entonces se bendijo más de una legua en contorno de lo que hoy es nuestra Santa Casa para enterrar los muertos o para que, al menos, quedasen en sagrado”. De aquí el nombre de *Camposagrado*, sagrado, pues, y no sangrado, aunque también lo fue y mucho.

Hasta aquí la versión de una de las leyendas de Camposagrado o, si lo preferimos, de una de sus variantes, versión a su modo documentada y bien documentada y ojalá lo fuese también de la historia verdadera de tan famoso escenario leonés, y no nos quedase ésta en puro y misterioso enigma. Pero nos consolamos pensando que en este caso la leyenda es hermosa, es multiseccular, está aún viva entre las gentes de estas comarcas y se asocia a valores tan admirables como los que significan el Santuario y la institución que le da guardia y escolta, su Venerable Cofradía.

Viñayo hace precisiones. En su *Misterio* y en su *Mensaje*, recordando lo dicho por Fernández Miranda y Díez Monar y las fuentes en que abrevan, recuerda cómo toda la tradición de Camposagrado la hacen arrancar de una batalla contra los moros, acaudillados por Almanzor (1002) y los cristianos al mando de don Pelayo (718-737), de una emboscada preparada por el capitán cristiano Colinas abriendo trece pozos, de la intervención del Apóstol Santiago, de la bendición del campo de batalla... Y la inmediata erección de dos ermitas, una en el lugar donde hoy se encuentra el santuario, en la que instalaron una imagen de Nuestra Señora, traída de Toledo; la otra ermita levantada en *La Llana* de Benllera en agradecimiento al Señor Santiago. Pero, claro, a esto hay que señalar —nos dice nuestro Señor Abad— que el terrible Almanzor vivió y asoló los reinos cristianos dos siglos y medio más tarde, por lo menos, al reinado de Don Pelayo. En cuanto a los “pozos de Colinas” —dice— “son un monumento que nos habla con claridad de Camposagrado, pero se trata de unos túmulos erigidos, cuando menos, ochocientos o mil años antes de la mencionada batalla. Por otra parte, nada nos permite suponer que estos túmulos fueron utilizados, tiempo adelante, para otros fines”.

En suma, que la historia pura se nos queda por ahora, cuando más, en una y si se quiere ardiente expectación, aunque sí hay algo vivo que en historia palpita como es el nombre, el santuario, los pozos, testigos que ya son algo más que leyenda. Nos queda una hermosa, muy antigua y leonesísima tradición, que cabe encuadrar con singular imagen en las tan prodigadas tradiciones jacobeanas de nuestras tierras. Esa aureola de tradiciones, en nuestro caso, no es más que la que corona al Santuario y que ilumina las almas de los romeros, numerosos en número y en fidelidad. Y con el santuario, como su guardia fiel, la venerable Cofradía de su nombre, tan viva ahora como en sus mejores tiempos y que ya cuando fue reformada y de nuevo estatuida por el comedio del siglo XVII contaba con otros muchos años, siglos seguramente, de antigüedad. Esto sí que es historia y, por supuesto, historia de Camposagrado, muy cierta y expresiva en el libro de Díez Monar. Acaso un hilo para tirar del ovillo.

Las gentes del pueblo que son gentes que madrugan y rezan, las del valle del Bernesga, las de los valles del Orbigo y el Luna y los Concejos de Rioseco, la noble Tierra de Ordás, de Carrocera, romeros asiduos de Camposagrado, siguen acogiendo en el regazo de su amor la tradición, la que oralmente les vino desde muchas generaciones y tiempos inmemoriales, y esa tradición es la que cuaja en la leyenda del Capitán Colinas, de sus trece pozos estratégicos y la gran victoria que alcanzó, o ayudó a alcanzar, contra la hueste musulmana en tiempos de Almanzor y del Príncipe Don Pelayo, algo que solamente el poder casi milagroso de la leyenda ha podido emparejar en una misma acción gloriosa, burlándose de toda exigencia histórica y hasta si se quiere dando por buena la opinión de Díez Monar de que ese de “Almanzor” era título genérico de todos los caudillos árabes, opinión que nosotros no sabemos tenga o pueda tener visos de verdad. ¿Pudo ser Colinas capitán de las tropas cristianas en tiempo de los reyes de León coetáneos del gran Almanzor y darse la gran batalla de Camposagrado cuando éste, o acaso, mejor, su hijo Abd-al-Malik, el segundo amirí cordobés, trataba de avanzar y destruir el castillo de Luna, que era como un inexpugnable nido de águilas, reto hiriente para el gran vencedor moro “El Victorioso”, en la herencia bélica de su hijo, pero reto por lo demás, en aquella ocasión, invulnerable?... Así, más o menos, podemos leerlo en Levi Provenzal. Pudo o no pudo ser. Nada sabemos y Colinas, flor de leyenda, en la bella leyenda de Camposagrado se queda.

Dejemos por ahora la cuestión en un solo nombre que parece acoger a todos los demás que en la leyenda brillan y se agigantan. Ese nombre es *Tusinos*. Certeza seguramente histórica de un linaje leonés, antiguo entre los más antiguos. Pero aun alzándolo en los vientos de la leyenda buscamos con él otra versión de la misma y que nosotros hemos querido recrear en la familiar anda-

dura del romance que en otro lugar trata de ver la luz, versión que encontramos documentada en la *Carta de Linaje* de los "Alvarez de Tusinos".

Díez Monar conoció sin duda esa Carta que figuraba en el archivo de la Casa de Benllera, descendiente de la Torre o Casa Blanca de Tusinos del Valle de Cuevas, por encima de Carrocera y debajo del tan famoso como querido y recorrido puerto seco de Santas Martas. Vallecito de Tusinos, afluente de el de Cuevas, regazo dulce y austero, a la sombra de la peña, no lejos de las también dulces fuentes manaderas, donde quedan los restos de dicha Torre o Casa Blanca y de la ermita del linaje... Decimos que Díez Monar debió conocer esa Carta, aunque no sabemos si es la que cita en su reseña bibliográfica con este título *Ejecutoria de Nobleza de la Casa Alvarez Miranda de Benllera*, porque Díez Monar fue hombre muy apegado a la tal casa, a la que se trasplantó el linaje de los Alvarez de Tusinos con sus diplomas y sus piedras armeras. Extraña sobremanera que Díez Monar no haga en su *Historia de Camposagrado* la menor alusión al sabroso contenido de esa Carta, si es que se trata de la misma que nosotros conocemos y a la versión completa que en ella se da de la Batalla de Camposagrado, aunque no con Colinas como héroe de la misma, sino con Alvaro el *Tiufado*, magnate de la Corte de Don Pelayo, fundador y héroe indiscutible de la Casa o Torre Blanca de Tusinos.

Pues bien, esta que nos ofrece la *Carta de Linaje de los Alvarez de Tusinos* es la que llamamos segunda o nueva versión de la leyenda. El *Tusinos* es común a las dos, pero los héroes o titulares de la gloriosa divisa son distintos. Nosotros ya habíamos publicado prácticamente por entero, literalmente, la mencionada Carta en nuestro reciente libro *La Omaña*. Poseemos el testimonio auténtico, autenticado bajo voz y signo de la más rigurosa y solemne fe pública, sobre el original que había expedido el Rey de Armas de Felipe II, Diego de Urbina el 27 de abril de 1584, que extrajo de los *Libros y Copias de Linajes del Reino*.

Por ello, ahora, nos vamos a concretar a lo que en dicha carta se dice de la Batalla de Camposagrado, o si lo preferimos, de su leyenda. Recordemos antes que, según la Carta, "los de este linaje y descendencia de los Alvarez tienen su solar notorio y conocido en el Valle de Cuevas y Tú-Sin-Nos y en el Valle de Vega de Gordón, en el lugar de Bebrino, en las Montañas de León"; que "este apellido en un principio fue patronímico, porque hubo principio en un *Tihuphado* del tiempo de los Reyes godos"; "que este *Tihuphado* del Valle de Cuevas Tu-Sin-Nos se llamó Alvaro"... Tiempo adelante, después de lo de Covadonga, "vino a aquella montaña un gran ejército de moros, y estando el Rey Don Pelayo en Asturias como lo supiera este Alvaro el *Tihuphado* que estaba pasados los puertos, en las fronteras de León, aprestó su gente y peleó con ellos sin esperar el mandado ni la gente del Rey para que todos juntos diesen la batalla"... "Alvaro peleó valerosamente matando y cautivando muchos moros y después de alcanzada la victoria, llegado el Rey, Alvaro fue a darle cuenta de lo que había acontecido"... "El Rey, habiendo oído la victoria que Alvaro había alcanzado, dixo estas palabras: "Tu-Sin-Nos", como quien dice: "Tú hiciste esto sin nuestra ayuda", y, así, juntándolo todo, dicen hoy los "Alvarez de Tusinos"... "Otros añaden por cierto que dicho Alvaro le dixo al Rey, que lo oyó con admiración: "¿Qué te parece, Señor, fizose asaz bien?, y que el Rey le respondió: "Alvaro, tú sin nos los has vencido y este será tu apellido"...

Y prosigue la Carta: "Traen en sus armas los de esta Casa y descendientes por blasón este dicho letrero alrededor de su escudo y desde allí se comenzó a llamar el *Tihuphado* Alvaro de Tusinos". En el escudo un caldero con un brazo armado, más luego tres azucenas en memoria de los tres hijos del *Tiufado*. Este capitán "fizo su asiento", morada o casa fuerte en el Valle de Cuevas, junto a las peñas, "cinco leguas distante de León y a la casa la llamaban la Casa Blanca de Cuevas e Tusinos"... "Murió Alvaro el *Tihuphado* lleno de días, hazañas e buenas obras el año de setecientos e cincuenta y ocho y enterróse en hermita e Iglesia de Santiago que él había fundado de



La ermita de Camposagrado. (Foto: Marina Riesco).



Benllera: escudo de los Tusinos. (Foto: Marina Riesco).

orden del Infante o Rey Don Pelayo en memoria del milagro o aparición del Santo Apóstol cuando la Batalla de Camposagrado e toma de León, como se lee en una pequeña piedra que allí está, cuya inscripción dice: *Thuiphado Alvaro credidit in Deum Trinum et Unum et hic expectat immutatio sua. Era Domini DCCLVIII*". Inscripción que era también una afirmación de pura fe evangélica contra el Arrianismo que aún tentaba herejías por los caminos del Reino.

Sufren las armas de Tusinos las naturales complicaciones de descendencias, cruces de sangre y blasón, "pero siempre mirando como escudo principal el de los Alvarez de Tusinos orlado con el blasón de: "Y los trabajos que se acaban no los temo — Fee es mi fortaleza y premio", adornado de las militares insignias de morrión o celada de acero bruñido mirando al lado diestro y adornado de vario plumaje y de vanderas, estandartes, picas, cotas de malla, brazaletes y demás insignias en representación de los guerreros fechos desta solariega Casa".

Y esta de Alvaro el Tuifado es la versión de la o las leyendas de Camposagrado que hemos llevado a nuestra *Silva de Romances leoneses*, versión o variante que, como en la del Capitán Colinas, brilla como núcleo de la tradición un mismo símbolo: El *Tu-sin-nos* o *Tusinos*, linaje cierto y famosísimo que esa misma tradición quiere proclamar y confirmar bajo el fuero y la palabra de un mismo Rey, Don Pelayo... Pero el *Tusinos* no se comprende si no se asienta sobre la Hoja de Camposagrado, formando parte de ese cántico fervoroso, cada día más encendido, que las gentes de estas comarcas, cuando en la Hoja se dan cita, elevan a su Virgen, en torno a la cual la leyenda o las leyendas son como una corona del fervor lírico y popular entre cuyos vientos místicos y épicos vuela el caballo blanco de Santiago marcando la huella de la verdadera vía láctea del Cielo.

VALVERDE DE LA SIERRA Y BESANDE (León)

(TRANSCRIPCIÓN DE LOS MANUSCRITOS Y ESTUDIO LINGÜÍSTICO)